

gente vestida con traje de gala. Muchos me pedían medicamentos, pues al ver mis instrumentos, mi estuche de naturalista y mis aparatos, me tomaron por un gran médico. No, no eran tan altivas mis pretensiones: sin embargo, traté á todos los enfermos con el sistema de Raspail, y algun botecito de pomada alcanforada ó algun frasquillo de agua sedativa han entrado tal vez en algun museo de Europa bajo la forma de un insecto ó de un marisco cualquiera que aquellas buenas gentes me trajeron en recompensa del bien que tuve intencion de hacer.

Muy agradable era para mí, despues de una jornada de penosa caza por montes y lodazales y por en medio de bosques en que no es posible abrirse camino sino con el hacha, descansar al anochecer sentado en el banco de nuestro buen chino, delante de su casa oculta bajo la sombra de cocoteros, plátanos y otros hermosos árboles. Hacia cuatro dias que, á pesar de la estacion, soplaban un viento del Norte muy fresco y fuerte, desarraigando numerosos árboles en la cima de la montaña. Era su último adios. En lo sucesivo debía soplar el Sudoeste por espacio de algunos meses.

Hubo una noche que me pareció mas bella y mas agradable aun que las otras. Las estrellas centelleaban en el cielo, y la luna brillaba con toda su luz. Me hallaba sentado al lado de Apait, mientras su hijo, con su flauta de bambú, hacia llegar á nuestros oídos algunos aires chinos. Pensaba entonces en el grado de prosperidad á que podría llegar aquella provincia, que es una de las mas bellas y florecientes del país, si estuviese debidamente gobernada, ó si algunos europeos echasen en ella los cimientos de una colonia civilizadora.

Proximidad del mar, comunicaciones fáciles y susceptibles de perfeccion, clima sano, temperatura soportable y sobre todo inagotable fecundidad de la tierra que permite cultivar las mas ricas producciones; nada falta á aquella comarca para asegurar el éxito á agricultores emprendedores é industriales.

Salí por fin airoso de mi empeño, pues el buen viejo Apait consintió que su hijo Phrai pasase á mi servicio, con tal que le diese 30 ticales adelantados, que era la mitad de lo que podía juntar en un año, para vender su casa y su campo de pimienta, pagar su deuda y retirarse á otro punto de la montaña. El jóven Phrai se alegraba de seguirme y recorrer los bosques desde el amanecer hasta la noche. Yo tambien estaba muy contento de que me acompañase, porque con su conocimiento del país, su actividad, su inteligencia y su adhesión no tenia precio. Los calores se hicieron cada dia mas fuertes. El termómetro á la sombra subió un dia á 102° Fahrenheit (39 centígrados), y así es que las largas caerías eran muy penosas y algunas veces imposibles como no fuese en los bosques. Un dia me

aproveché del tiempo que estaba cubierto, y hacia de consiguiente menos calor, para visitar un salto de agua de que me habian hablado, que se encuentra en el distrito casi desierto de Priu, á 12 millas de Kombau. Ya en el mes de enero habia tenido la idea de trasladarme allí, pero el chino que debía conducirnos se extravió y nos hizo andar todo el dia en una direccion opuesta. Desde Kombau anduvimos por espacio de hora y media junto á un valle encantador que parecia una inmensa alfombra verde, y era risueño como un parque. Terminaba en un bosque; seguimos la márgen de un torrente que, encauzado entre dos montes y erizado de rocas de granito, es tanto mas ancho, cuanto mas cerca está de su origen, al cual llegamos muy pronto. En la estacion de las lluvias debe ofrecer un espectáculo maravilloso, porque entonces se precipita por todos lados una enorme cascada desde lo alto de inmensos peñascos perpendiculares, cortados á pico, que describen como un circo de casi 30 metros de diámetro. Durante la sequía, el agua sale solo de debajo de inmensos peñascos de granito, pero en tal abundancia que alimenta varios arroyos. Desde una altura de mas de 20 metros, el torrente, que tiene la anchura de 2 en su origen, cae con estrépito y casi á plomo sobre las rocas, de las cuales vuelve á brotar girando para formar una nueva cascada de solo 3 metros de altura, que vierte sus cristales en una vasta charca de mas de 15 pies de profundidad, que refleja como un espejo las rocas y los árboles que la rodean. Mis dos criados, abrasados de calor por lo mucho que habian corrido, se sumergieron con mucho asombro mio en la charca, y cuando quise hacerles ver el peligro á que les esponia su conducta, me contestaron que cuando hace calor es cuando uno debe bañarse, y que así lo hacen todos los indígenas.

Un viajero no debe ignorar ningun oficio. Un dia tuve que hacerme picapedrero para desprender de la superficie de una gran mole de granito enterrada en el fondo de un torrente de la montaña un pedazo que contenia la huella de un animal desconocido. En el mes de enero un chino, me pidió por este trabajo una cantidad tan crecida que pensaba contentarme con amoldar la pisada en cera; pero habiéndome brindado Phrai á satisfacer mi deseo, emprendimos los dos la obra, y la llevamos á feliz término. Muchos siameses hubiesen preferido que hubiera dejado intacta la piedra, por la misma razon supersticiosa que les hace escandalizarse de verme matar monos blancos, si bien cuando están muertos y desollados, como no son ellos los que han cometido este pecado, mortal en su concepto, se alegran mucho de que les dé una chuleta ó un *bifteck* de alguna de mis víctimas,

pues atribuyen á la carne del mono blanco grandes virtudes medicinales.

La estacion de las lluvias se acercaba, las tempestades eran cada dia mas frecuentes y el trueno retumbaba algunas veces con imponente estruendo. Los insectos se multiplicaron horriblemente, pero las hormigas, que en semejante estacion buscan abrigo, invadian las habitaciones, y para mí y mis colecciones, y hasta para mi ropa, eran una verdadera plaga. En una sola noche devoraron casi completamente varios libros y mapas. Afortunadamente los mosquitos desaparecieron, y de consiguiente habia un padecimiento menos; pero en cambio se presentó una especie de sanguijuela pequeña que, cuando llueve, abandona los arroyos, se disemina por los bosques, y los vuelve, ya que no impracticables, á lo menos muy desagradables para el que anda por ellos, pues á cada momento hay que arrancarlas del cuerpo por docenas; pero como no es posible verlas ni sentir las todas, volvía siempre á mi alojamiento cubierto de sangre, y algunas veces mi pantalon, que era blanco al salir, era al regresar de color de amaranto.

La caza empezaba á escasear, con no poco sentimiento de todos nosotros, porque Phrai y Niu hacian muy buenas francachelas con la carne de los monos, y traficaban con su hiel que vendian por 1 shellung ó 75 céntimos de nuestra moneda á los médicos chinos de Chantaboun; los calos ó todopicos, que son una especie de guacamayos, se habian hecho muy suspicaces, y así es que para proveer nuestra cocina no podíamos contar mas que con los cervatillos.

Verdad es que habia en la montaña muy buenos ciervos, pero solo pasando toda la noche al acecho era posible tirarlos. Las aves en general no son comunes; allí no se ven codornices, perdices, ni faisanes, y las pocas gallinas silvestres que aparecen de cuando en cuando son tan sumamente ariscas, que andar á caza de ellas, es verdaderamente perder el tiempo. En aquella parte del país pretenden los siameses que no pueden cultivar el plátano con motivo de los elefantes que en ciertas épocas bajan de la vertiente opuesta de la montaña y devoran sus hojas que halagan mucho su paladar. Los tigres son tambien muchos, lo mismo el real que el de la pequeña especie, pues todas las noches pasan muy cerca de las habitaciones, y por la mañana se puede ver la huella de sus anchas patas, profundamente marcada en el barro junto á los arroyos ó en la arena de los senderos. Durante el dia se ocultan en la montaña, entre malezas espesas y casi inaccesibles. Es muy raro poderles tirar encamados, porque generalmente huyen á la aproximación del hombre, á no ser que el hombre les acose. Yo encontré á un jóven colono chino que tenia en el cuerpo diez y nueve cicatrices de otras tantas

heridas que le habia causado un tigre. Un dia se puso de acecho encima de un árbol, á una altura de 3 metros, cuando un tigre de la mayor especie se acercó á un tierno cervatillo que, sujeto á un árbol á poca distancia del tolo del chino, le atraía con sus quejidos. El cazador disparó contra la fiera; pero aunque ésta recibió una herida mortal, reunió todas sus fuerzas, dió un salto enorme, y cogiendo á su enemigo con sus garras y sus dientes, le arrancó de su sitio y le desgarró las carnes, rodando con él por el suelo; afortunadamente para el desventurado chino, este fue el último esfuerzo del animal, que espiró casi inmediatamente.

En las montañas de Chantaboun, no lejos de la casa que habitábamos, se encuentran piedras preciosas de aguas bastante bellas, y al Este de la poblacion se levanta una eminencia llamada el cerro de las Piedras Preciosas, en el cual, segun dice monseñor Pellagoix, hubo un tiempo en que eran muy comunes, pues él mismo en cosa de media hora cogió un puñado de ellas, es decir, tantas como los habitantes de la provincia cogen actualmente en un año. La prueba de lo mucho que actualmente escasean está en que se buscan en vano algunas para comprarlas, pues no se encuentran ni aun pagándolas muy caras.

Parece que ofendí muy gravemente á los pobres thais de Kombau al arrebatar las huellas de que he hablado anteriormente. Hablé á muchos que se quejaban de mí diciendo que tenia «paralizados los brazos;» que ya no podrían volver á trabajar y serian siempre pobres. En lo sucesivo tendrán una buena excusa para su pereza, y yo tendré que echarme en cara su miseria como responsable de ella, pues apoderándome de aquella piedra, les he indisputado con todos los genios de la montaña. Los chinos piensan acerca del particular de otra manera, pero sus ideas no son menos divertidas. Pretendian que debajo de la huella debía hallarse un tesoro en la roca, y que el fragmento que yo quité estaba dotado de grandes virtudes medicinales. Así es que Apait y sus amigos frotaban todas las mañanas la parte inferior de la piedra contra otro trozo de granito; recogian luego cuidadosamente dentro del agua el polvo que se desprendia, y se lo bebían en ayunas en la firme persuasión de que aquel polvo es un remedio contra todos los males. Y ahora nos hallamos en el caso de decir que la fe es quien salva, y que muchas pildoras se administran en los pueblos civilizados que no tienen seguramente mas propiedades curativas que el *polvo de granito*, que se bebía el viejo Apait.

Este pobre hombre vendió su propiedad por 60 ticales, de los cuales, pagada su deuda y con el dinero que le dió por su hijo, le quedaban 40 ticales, y en verdad que allí no necesitaba mayor

cantidad para creerse rico durante toda la vida, y aun podía de cuando en cuando regalar al alma de sus abuelos confites y té, viviendo él como un verdadero mandarin campesino. El buen anciano, antes de marcharse de Kombau, me procuró otro domicilio que me costaba al mes 2 ticales (5 francos), y bajo el punto de vista de la comodidad nada perdí en el cambio. Cinco francos mensua-

les por una *habitacion amueblada* no me parece mucho. Hé aquí el inventario de los muebles: en la *sala* nada, en la alcoba una estera vieja y encima una *cama de campaña*. La casa era no obstante mas limpia, mas espaciosa y mejor cubierta que la otra, en la cual filtraba el agua continuamente del techo, y tenia una espaciosa cama en que descansar de mis grandes fatigas venatorias. Además mi nuevo



Reliquias de barro, con cenizas de reyes halladas en el monte Phrabat.

patron me daba plátanos y legumbres que le pagábamos con caza cuando ésta era fructuosa.

Las frutas en aquella provincia son tan ricas como abundantes, consistiendo en mangos, mangostanos, ananas, tan odoríferas como gratas al paladar, y sobre todo en el famoso *durion*, que es muy superior á cuanto habia podido imaginar antes de haberlo probado, y que se hace muy acreedor á su título de rey de las frutas. Se necesita sin embargo tiempo para apreciarlo debidamente, pues es necesario vencer la repugnancia que inspira cuando no se ha comido nunca, debida á su fetidez que es tal, que de pronto se ve uno obligado á apartarse del lugar en que se encuentra. La primera vez que lo probé me pareció hallarme cerca de alguna carroña, y solo á la cuarta ó quinta tentacion sentí que aquella fetidez se convertia en un aroma de los mas deliciosos. El *durion* tiene una corteza muy gruesa y espinosa que le protege contra los dientes de las ardillas y otros roedores. Abriéndolo, se encuentran en su interior diez celdillas, y cada una de ellas tiene cierto número de huesos mayores que un dátil, rodeados de una especie de crema blanca, algunas veces amarillenta, de un sabor exquisito. ¡Estrañó capricho de la naturaleza! Al mismo tiempo que cuesta trabajo el comerlo por la repugnancia que en su principio inspira, si se come con frecuencia ó en una cantidad mayor que la autorizada por una estremada modera-

cion, es un fruto tan sumamente cálido, que produce exantemas y erupciones al dia siguiente de haber abusado de él en lo mas mínimo, como si se tuviese sarampion. Este fruto cogido del árbol nunca es bueno, pues él cae siempre por sí mismo y espontáneamente cuando llega al grado perfecto de madurez. Si se le abre, se ha de comer en seguida, pues se echa á perder en muy poco tiempo; pero dentro de su corteza se le puede conservar próximamente tres dias. En Bangkok uno solo de estos frutos cuesta 1 shellung, al paso que en Chantaboun por 1 shellung dan nueve.

Me pareció que en aquella comarca no habia gran peligro en recorrer los bosques. Con frecuencia íbamos á coger mariposas é insectos sin llevar mas armas que una hacha y un cuchillo de monte. Niu se habia aguerrido hasta el extremo de ir de noche con Phrai á ponerse al acecho del ciervo, cuando una pantera se precipitó contra un perro echado á dos pasos de mi puerta. El pobre animal lanzó un grito de angustia verdaderamente desgarrador, que nos hizo salir á todos é igualmente á los chinos vecinos con una antorcha cada cual en la mano. Estos se hallaron frente á frente con la pantera, y á su vez empezaron tambien á gritar con toda la fuerza de sus pulmones; pero yo no tuve ya tiempo de coger mi escopeta, pues el animal en pocos segundos se puso fuera de tiro.



Monos divirtiéndose con un cocodrilo en el rio de Chantaboun.

Gracias á la proximidad del mar y de las montañas, el período de los fuertes calores pasó inadvertido, por lo que me sorprendió mucho una carta de Bangkok, en que se me decía que hacia lo menos treinta años que no se habían notado calores semejantes. Muchos europeos que habitaban aquella ciudad cayeron enfermos; sin embargo, yo no creo que el clima de Bangkok sea mas insalubre que el de las otras poblaciones del Asia oriental situadas bajo el trópico, y aun me inclino á opinar lo contrario; pero el ejercicio que requiere la conservación de la salud es allí poco menos que imposible, y no hay duda alguna de que la inacción contribuye poderosamente al desarrollo de las enfermedades.

Hacia ya mucho tiempo que me habia propuesto penetrar en una gruta que se encuentra en el monte Sabad, á mitad del camino entre Chantaboun y Kombau, la cual es tan profunda que, segun dicen, se estiende hasta la cima de la montaña. Partí acompañado de Phrai y de Niu, provistos todos de cuanto nuestra escursión requeria. Al llegar á la entrada de la gruta, encendimos nuestras antorchas, y despues de haber escalado las moles de granito que se hallan junto á la entrada, bajamos á ella. Millares de murciélagos, despertados por el resplandor de nuestras antorchas, empezaron á dar vueltas á nuestro alrededor, apagando á cada instante nuestras antorchas y abofeteándonos la cara con sus alas. Phrai marchaba delante, sondeando el terreno con una lanza de que estaba armado. No habríamos aun andado cien pasos cuando de repente se precipitó hácia mí gritando con evidentes señales del mayor terror: «¡Una serpiente! ¡retiraos!» y en aquel mismo instante percibí, á unos quince pasos de mí todo lo mas, un boa enorme que con la cabeza levantada, la boca abierta, y blandiendo su ahorquillada lengua, parecia dispuesta á arrojarse contra mi guía. Tenia cargado un cañon de la escopeta con dos balas y el otro con perdigones zorreros. Apunté el arma y toqué á la vez los dos gatillos; quedamos envueltos en una densa nube de humo, y nada mas vimos. La prudencia aconsejaba batirnos en retirada, y así lo hicimos. Estuvimos algun tiempo aguardando con ansiedad á la entrada de la gruta, dispuestos á combatir al enemigo si se presentaba, pero no pareció. Mi buen guía dió entonces una gran prueba de su valor: encendió una antorcha, tomó mi fusil que habia ya vuelto á cargar debidamente, cogió una larga cuerda, y penetró de nuevo, pero solo, en la gruta. Teníamos un cabo de la cuerda á fin de poder á la primera señal volar á su auxilio. Durante algunos instantes, que nos parecieron muy largos, nuestra ansiedad fue terrible; pero ¡cuáles no fueron nuestro asombro y nuestra alegría al ver regresar á Phrai tirando de la cuerda de cuyo extremo colgaba la

enorme boa! La cabeza del reptil habia sido hecha pedazos por mis dos tiros, y el animal quedó muerto en el sitio. Quedamos satisfechos del éxito de nuestra escursión, y no tratamos, por lo menos en aquel dia, de penetrar mas adelante en la gruta.

Yo habia sabido que los siameses iban á celebrar una gran fiesta en una pagoda situada á una legua dentro de la montaña, en honor de un superior de talapines que habia muerto el año pasado, y cuyos restos debian ser quemados segun la costumbre del pais. Fui allí con la esperanza de que aquella curiosa ceremonia me daria á conocer á la vez las costumbres de aquel pueblo en sus funerales y en sus diversiones. Eran las ocho de la mañana cuando llegamos, y aquel era el momento del «Kin-Kao,» ó del despacho del arroz. Cerca de dos mil siameses de ambos sexos, procedentes de Chantaboun y de las aldeas cercanas, los unos en carromatos, los otros á pie, se hallaban diseminados por el recinto de la pagoda. Todos, como en los dias de gran festividad, llevaban cinturones y langoutis nuevos de brillantes colores, y el golpe de vista que á cierta distancia presentaba aquella muchedumbre con sus vestidos de botarga era de los mas divertidos. Debajo de un vasto techo de tablas, sostenido por columnas que formaban una especie de cobertizo y cercado de guñapos cubiertos de pinturas grotescas que representaban hombres y monstruos en actitudes las mas extravagantes, se levantaba una roca artificial hecha de carton embaldurnado, en la que se habia colocado un catafalco cargado de dorados, pinturas y esculturas, que contenia una urna, en cuyo interior se encerraban los preciosos restos del talapino. Todo estaba salpicado de pedazos de tela y de papel dispuestos á guisa de bandera para formar la decoracion. Delante del catafalco se hallaba fuera de la sala una hoguera, y á alguna distancia, en un alto estrado, habia establecida una orquesta que con varios instrumentos tocaba una música siamesa. Mas lejos, algunas mujeres habian formado una especie de mercado en que vendian fruta, confites y nueces de arec; mientras al otro lado algunos chinos y siameses representaban, bajo un pequeño techo improvisado para el caso, escenas análogas á las de nuestros teatros ambulantes que recorren las ferias. Aquella fiesta, que duró tres dias, nada ofrecia que recordase una ceremonia fúnebre, y en ella se hizo un exorbitante consumo de pólvora y de arack ó aguardiente de azúcar, como el que se llama en América tafia ó cachaza. Me habia ido allí, creyendo ver algo nuevo y curioso, porque la quema de los cadáveres no se verifica sino en muy pocos pueblos, y allí mismo es un privilegio de los soberanos, príncipes y altos personajes, sin pensar en que yo mismo seria, como fui en efecto, un objeto de curiosidad para la muchedumbre.

Apenas me hallé en el recinto de la pagoda, seguido de Phrai y de Niu, oí repetirse sin cesar la palabra «farang; venid á ver al farang,» é inmediatamente siameses y chinos dejaron sus píldoras de arroz para dirigirse hácia nosotros. Esperaba que una vez satisfecha su curiosidad me dejasen circular pacíficamente; pero lejos de eso, la multitud crecia mas y mas, y me seguia á cualquier parte que me dirigiese, hasta el punto de hacerse pesada, insoportable, tanto mas cuanto que los que afuian á mi alrededor estaban ya ébrios de ópio ó de arack, ó tal vez de uno y otro. Me alejaba de allí, cuando, al pasar por delante de una barraca hecha de tablas para aquella circunstancia, noté que habia varios jefes de la provincia que estaban almorzando. El de mas edad se vino á mí directamente, me cogió de la mano y me suplicó muy cortésmente que fuése á sentarme á su lado, y yo me aproveché de su cordial invitacion para hallar un refugio contra los importunos. Me colmaron todos de agasajos y de pastas, frutas naturales, confites, etc.; pero la multitud que me habia seguido se fue apretando mas y mas alrededor de la casa, y concluyó por invadir todas las avenidas, hallándose hasta el techo cubierto de curiosos. De pronto se oyó un sordo estallido, y toda la parte anterior de la habitacion, cediendo al peso de los espectadores, se vino abajo con ellos que cayeron en medio de los talapines y de los seglares. Aquello fue una confusion de las mas cómicas. Yo me aproveché de ella para largarme, «jurando, aunque un poco tarde, que no me volverian á pescar.»

XI.

Regreso á Chantaboun.—Islas Ko-Khut, Koh-Khong, etc.—Soberbia perspectiva del golfo de Kampot.—El Cambodge.—Comercio de aquellas comarcas.—Estado miserable del pais.—Audiencia en el palacio del rey de Cambodge.

Hallándome de regreso en Chantaboun, en la hospitalaria casa del buen abate Ranfaing, misionero francés establecido allí, mi primer cuidado fue tomar noticias y buscar medios de transporte para pasar á Battambang, capital de una provincia de este nombre que un siglo atrás fue tomada al Cambodge por el imperio siamés. Entré en tratos con pescadores anamitas paganos para que me llevasen de Chantaboun á Kampot, puerto del Cambodge, y quedamos en que les daria 30 ticales. Los anamitas cristianos me pedían 40 y la comida para ida y vuelta. Despues de despedirme del abate Ranfaing, que me habia colmado de bondades y atenciones cuantas veces habia estado en Chantaboun, me instalé de nuevo en una barca con mi chino y mi anamita, y queriendo aprovechar la alta marea, partimos al medio dia, á pesar de que la lluvia caia á torrentes. Al llegar al puerto á las

siete de la tarde, nos obligó á detenernos en él hasta el dia siguiente un viento contrario que era demasiado violento para salir á alta mar sin peligro.

Dos dias despues llegamos á Ko-Khut, donde de nuevo tempestuosas lluvias y un viento contrario nos detuvieron á unos 100 metros de la playa en una rada que estaba muy lejos de ofrecer á nuestra frágil embarcacion la seguridad apetecida.

Nuestra posicion no era agradable; nuestra pobre barca, rudamente sacudida por las embravecidas olas, corria mucho riesgo de estrellarse contra las rocas. Llenaban tres cuartas partes de su espacio nuestros equipajes, á que habíamos cedido el mejor puesto para preservarlos del agua del mar y de la lluvia, y el resto contenia cinco hombres en la proa embutidos los unos en los otros, sin mas abrigo que algunas hojas de palmera cosidas entre sí que no impedían que el agua filtrase y que estuviésemos constantemente mojados. La lluvia seguia cayendo obstinadamente y en tal abundancia, que ni siquiera pudimos hacer un poco de lumbre para cocer nuestro arroz. Durante cuatro dias tuvimos que permanecer medio echados en nuestra barca, con los miembros quebrantados y molidos por la postura á que nos condenaba la falta de espacio para tomar otra y por nuestros vestidos que se hallaban empapados de agua y se nos habian pegado al cuerpo. Por último, al quinto dia tuve el placer de ver que se serenaba el cielo y que variaba el viento. A cosa de las dos de la tarde, previendo una noche hermosa, y habiendo levantado la moral de mis hombres que empezaba á decaer, por medio de una buena dosis de arack, levamos el ancla y nos alejamos de Ko-Khut impelidos por una buena brisa. Yo me sentia feliz al ver que avanzaba y que podia respirar libremente, y así es que permanecí una parte de la noche dentro de mi tienda de palmas, gozando de la belleza del cielo y de la rápida marcha de nuestra barca. Al apuntar el dia, percibimos á nuestra izquierda, á una distancia de unas 10 millas, la primera isla Koh-Kong. Es una isla desierta, en que se coge gutagamba; es menor que Koh-Xang ó Koh-Chang, y no ofrece un aspecto tan imponente, ni una cadena de picos tan magestuosos. En Compong-Som, cerca de Kampot, se recoge la mayor parte de la gutagamba y del aromático cardamomo que se encuentran en el comercio. Los indígenas meten la gutagamba dentro de bambúes, y los abren cuando se ha endurecido.

Muy pronto olvidamos los contratiempos y miserias de la primera parte de nuestro viaje, y nos creimos bien indemnizados por la hermosura de los sitios y el aspecto encantador del grupo de islas é islotes que íbamos costeando á corta distancia. Llegamos á parajes infestados por los piratas de Kampot. Colocados en las alturas, observan el mar, y cuando distinguen